

## La ciudad de San Miguel en su paisaje histórico

FERNANDO VELA COSSÍO

### RESUMEN

La ciudad de San Miguel constituye la primera fundación española en el Pacífico Sur. Su primer emplazamiento data del año 1532 y fue conocido como San Miguel de Tangarará. De aquí será trasladada enseguida a un segundo asentamiento, en el Alto Piura, donde se convirtió, entre 1534 y 1580, en un núcleo urbano de cierta relevancia, en el que se pudo ensayar una planificación urbana completa en torno a una gran plaza de armas de unos 10 000 metros cuadrados de superficie. En esta investigación presentamos los resultados del estudio referente a la ciudad de San Miguel en su paisaje histórico.

**PALABRAS CLAVE:** *ciudad hispana, San Miguel de Piura, paisaje histórico, núcleo urbano*

### ABSTRACT

San Miguel was the first Spanish establishment in the southwestern hemisphere. Its founding dates from 1532; it was first known by the name San Miguel de Tangarará. It was soon relo-

cated to a second settlement in Alto Piura where, between 1534-1580, it became a significant urban center of which a complete city map of some 10,000 square meters was created around its main square (Plaza de Armas). This study presents an overview of San Miguel city in its historic context.

**KEYWORDS:** *hispanic city, San Miguel de Piura, historical landscape, urban center*

## INTRODUCCIÓN

LA CIUDAD DE SAN MIGUEL CONSTITUYE la primera fundación de los conquistadores castellanos en el Pacífico Sur. Su primer emplazamiento data del año 1532 y fue conocido con el nombre de San Miguel de Tangarará, un sitio histórico del que no sabemos con certeza su ubicación original, aunque muchos autores lo sitúan en el valle del Chira. Bautizado por Francisco Pizarro (1478-1541) como San Miguel y completado, al parecer, con el topónimo de la población indígena más cercana. La ciudad fue trasladada enseguida a la comarca del Alto Piura por orden de Diego de Almagro (1475-1538), levantándose un segundo asentamiento en la zona que hoy conocemos como *Monte de los Padres*, a mediados del mes de octubre del año 1534. Las ruinas de este segundo emplazamiento constituyen hoy el sitio arqueológico colonial posiblemente más importante del Perú: la ciudad de San Miguel en Piura la Vieja (La Matanza, Piura, Perú).

El yacimiento arqueológico, de cerca de veinte hectáreas de superficie, conserva una parte substancial de la estructura urbana de la primitiva ciudad colonial, de la que aún se puede distinguir el imponente espacio de la Plaza Mayor y la organización de su red viaria original que, como los numerosos restos de las edificaciones, datan de la primera mitad del siglo XVI y la convierten en uno de los yacimientos arqueológicos de época virreinal más importantes de

la América española. En el año 1998, por iniciativa de los doctores Antonio Mabres Torelló, entonces rector de la Universidad de Piura, y Luis de Villanueva Domínguez, catedrático de la Universidad Politécnica de Madrid, dieron comienzo a los primeros trabajos para la programación y el desarrollo de un ambicioso proyecto de investigación que, encuadrado en el Programa de Cooperación Científica con Iberoamérica de la Universidad Politécnica de Madrid (UPM), y con el apoyo decisivo de la Universidad de Piura (UDEP), se ha venido ocupando del estudio integral —histórico, arqueológico, urbanístico, arquitectónico y constructivo— de este singularísimo sitio arqueológico, declarado patrimonio del Perú. A lo largo de los últimos catorce años el proyecto ha avanzado de forma significativa, contando para ello con la financiación de la Universidad Politécnica de Madrid (UPM) y de la Universidad de Piura (UDEP), además de la valiosa ayuda de la Fundación Diálogos, institución privada española acogida al Protectorado del Ministerio de Cultura. Se han adherido también al proyecto otros agentes, pudiendo destacarse entre los mismos a la Municipalidad de La Matanza, localidad de la cual depende el lugar de Piura la Vieja (provincia de Morropón, Departamento de Piura, Perú), la Fundación Diego de Sagredo (España) o el propio Gobierno Regional de Piura, y se han coordinado todos los trabajos con el Instituto Nacional de Cultura (INC) del Perú.

Desde 1999 se han venido realizando distintas labores de investigación histórica sobre la ciudad. Las de naturaleza propiamente historiográfica y documental se han desarrollado en las grandes bibliotecas y archivos españoles y peruanos; simultáneamente, se han llevado a cabo otras acciones con un carácter más urgente, encaminadas sobre todo a garantizar la delimitación, protección y conservación del área de ruinas; por último, se han iniciado los trabajos de prospección y excavación arqueológica de este extenso yacimiento (campañas de 1999, 2005-2006, 2008 y 2011) acompañados de otras labores de levantamiento topográfico y de recolección de datos de los numerosos restos que el sitio histórico conserva (campañas de

2002, 2006, 2007, 2009, 2010 y 2011). A su vez, con la ayuda del *Programa de Cooperación Interuniversitaria e Investigación Científica entre España e Iberoamérica*, de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), se ha podido abordar la culminación de un informe de bases (Vela Cossío 2010) y la elaboración de dos trabajos experimentales de gran importancia para la futura gestión del yacimiento, que se integran al avance del Plan Director del sitio arqueológico.

Debemos agregar que, por una parte, se iniciaron los trabajos de investigación relativos a los sistemas de consolidación y conservación de los propios restos de la ciudad colonial, y, por otra, se redactó un proyecto experimental para la construcción de un prototipo para el sistema de cubrición, que permitiese desarrollar, como así ha sido, ulteriores experiencias de consolidación y conservación de los restos exhumados en las excavaciones arqueológicas, facilitando de esta forma una importante tarea de difusión científica que un yacimiento con estas características tan singulares debe cumplir. Además, en la misma línea que señala la política de la Agencia Española de Cooperación Internacional al Desarrollo (AECID), de favorecer acciones de marcado carácter social, el proyecto ha perseguido siempre que los propios trabajos de investigación, levantamiento y recolección de datos, así como los concernientes a la excavación arqueológica, tenían que ser entendidos como un instrumento fundamental para el desarrollo sostenible y conseguir así el mejoramiento de las condiciones de vida de la población local. En este sentido, hay que destacar que el propio desarrollo de los trabajos en el periodo 1999-2012 ha favorecido la protección de las ruinas, en tanto que ha mejorado substancialmente la concienciación de los vecinos de Piura la Vieja, conjuntamente con haber impulsado, a través de las acciones de coordinación con las autoridades locales y municipales, una primera delimitación y protección del sitio histórico por parte del INC, que se culminó en el año 2004. Por otro lado, para los habitantes de Piura la Vieja, los trabajos de excavación y conserva-

ción del yacimiento arqueológico han supuesto una oportunidad de empleo, pudiendo así contribuir en el futuro con la creación de modestas pero novedosas infraestructuras de atención al visitante, de modo que a la actividad agrícola tradicional puedan sumarse otras actividades generadoras de nuevos recursos de trabajo que favorezcan el desarrollo económico, social y cultural.

## 1. ANTECEDENTES Y UN POCO DE HISTORIA

La ciudad de San Miguel se constituyó en la primera fundación urbana que materializaron los españoles en el Perú y en la propia América Austral a su llegada, en 1532. En apenas dos años se trasladaría a un segundo asentamiento, situado en el Alto Piura, en donde se convirtió, entre 1534 y 1578, en un núcleo urbano de cierta relevancia en el que pudo ensayarse una planificación urbana completa en torno a una gran plaza de armas de cien metros de lado y en el que se levantaron, entre otras edificaciones, una iglesia matriz, un convento de mercedarios y casas para los miembros del cabildo. A mediados del siglo XVI alcanzó a albergar a casi un centenar de vecinos, de los que veintitrés eran encomenderos.

Para la mayor parte de los historiadores, la dureza del clima, la persistencia de una enfermedad de la vista —a la que se refieren prácticamente todas las fuentes como un «mal de ojos»— y las lluvias torrenciales, que, literalmente, desintegraban las partes más descubiertas de las casas, obligaron a los habitantes de Piura a abandonar poco a poco la ciudad. Hacia 1578 ya se había erigido un tercer emplazamiento provisional en el lugar llamado San Francisco de Buena Esperanza, en la bahía de Paita, a orillas del Pacífico, pero al quedar gravemente dañada por los ataques de Francis Drake, en 1579, y de Thomas Cavendish, en 1587, será trasladada de forma definitiva al lugar que hoy ocupa, en el Chilcal de Tacalá, en el año 1588, por orden del séptimo virrey del Perú, don Fernando de Torres

y Portugal. Sin dejar de considerar las razones que la historiografía ha venido esgrimiendo por tradición acerca de estos traslados, nos parece conveniente llevar a cabo una detenida reflexión acerca de la posible relación entre estos y los propios cambios de funcionalidad de la ciudad en el proceso mismo de la conquista y, sobre todo, de la exploración de esta región del continente americano, de modo que podamos contribuir a un mejor esbozo e interpretación del paisaje histórico del norte peruano en las décadas centrales del siglo XVI.

Muy poco tiempo después del descubrimiento del Océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa (1513), darán comienzo las expediciones marítimas de los españoles a las costas situadas bajo la línea ecuatorial. El 20 de mayo de 1524 se crea la Sociedad para la Conquista del País de Levante, entre Francisco Pizarro, Diego de Almagro, Hernando de Luque y Pedro Arias Dávila, y se extiende hasta el año siguiente (1525) el primer viaje de exploración del Mar del Sur desde Panamá. Entre 1526 y 1528 se desarrolla el segundo viaje, en el que se descubre Tumbes. En 1529 las capitulaciones de Toledo convierten a Francisco Pizarro en gobernador de la Nueva Castilla, iniciándose el tercer viaje de exploración el 20 de enero de 1532, que culminaría, en el brevísimo plazo de menos de dos años, con la conquista definitiva del imperio de los incas.

En abril de 1532 Pizarro desembarcó en Tumbes, encontrando el lugar destruido. Avanzó entonces adentrándose por el valle del Chira y decidió fundar, muy probablemente el 15 de agosto de 1532, la que se habría de convertir en la primera ciudad española, en el sentido más completo de dicho concepto, en el hemisferio austral: San Miguel. En ella permaneció hasta el 24 de septiembre, cuando partió rumbo a la Sierra para su encuentro con Atahualpa, en Cajamarca. Camino de esta última localidad, entre el 27 de septiembre y 7 de octubre, según las crónicas, permaneció en un poblado tallán, situado en el lugar donde dos años más tarde fue trasladada la ciudad de San Miguel. Finalmente, el 16 de noviembre de 1532, se produjo la captura de Atahualpa, la toma de Cajamarca y el comienzo del fin del imperio de los incas.

Entre fines de 1534 y principios del año siguiente, los españoles se asentarán a los pies del Monte de los Padres, muy cerca del cerro Pilán, donde enseguida levantaron el segundo asentamiento de la ciudad de San Miguel, que pasó entonces a denominarse como San Miguel de Piura y cuyas extensas ruinas dan nombre a la actual localidad de Piura la Vieja. Como primera fundación española en la región, la ciudad de San Miguel tuvo rápidamente sus correspondientes referencias cartográficas, si bien la representación de los distintos lugares que fue ocupando desde la llegada de los castellanos en 1532 no estuvo libre de ciertas imprecisiones e incluso de algunas contradicciones. Su caracterización cartográfica a lo largo de los siglos XVI y XVII fue más un icono de la existencia misma de la ciudad que de la exacta medida geográfica de su localización, pero aún con todo el propio conocimiento de su existencia por los cartógrafos constituye una declaración de su importancia geográfica y, por tanto, de su gran valor histórico.

Esta primera ciudad de San Miguel de Tangará sirvió como cabeza de puente para la exploración y posterior conquista del territorio, tal y como nos dejan constancia dos de las primeras fuentes cartográficas con información de esta región elaboradas en el siglo XVI: el espléndido *Mapa del Océano Atlántico*, de Battista Agnese (1544), y el *Islario General de todas las islas del mundo*, de Alonso de Santa Cruz (1539-1560). El mapa de Agnese es uno de los primeros que recoge los topónimos del Río de San Miguel y del Cabo Blanco. Sin embargo, la primera referencia directa al nombre de San Miguel, entendido como topónimo urbano, la podemos encontrar en el *Islario General* (1539-1560), conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid. Su autor, Alonso de Santa Cruz (1505-1567), había acompañado a Sebastián Caboto en la célebre expedición a La Especiería, en 1525. De regreso a España, su experiencia geográfica y sus muchos conocimientos cartográficos le llevaron a ser nombrado cosmógrafo, por Carlos V, en el año de 1536, convirtiéndose en uno de los personajes más importantes de la Casa de Contratación

(Cuesta 2004: 7-40). Entre sus obras más destacadas se encuentra precisamente el *Islario General*, en concordancia con la idea medieval de observar el mundo como una extensa serie de islas en el que pueden verse, como ya hemos tenido ocasión de señalar, además de los datos náuticos propios de un portulano, las indicaciones toponímicas de la costa y del interior continental, recogiendo topónimos como Río de *Tumbes*, Río de San Miguel, Cabo Blanco o *P°* de Paita.

Antes de pasar a la evaluación de las razones que pudieron llevar a los españoles a abandonar después de 1570 el segundo asentamiento de la ciudad, convendría que efectuemos primero algunas reflexiones relativas a los motivos que les impulsaron para su elección como establecimiento urbano permanente. Entre las posibles causas que debemos señalar, destacan especialmente dos: por una parte, la propia situación de este lugar sobre una importantísima vía de comunicación, el camino de la costa; en segundo término, la existencia de un asentamiento anterior, muy probablemente un centro administrativo inca, ya conocido por los españoles. Sabemos con certeza que hacia finales del año 1534 los españoles se encontraban ya establecidos junto al Monte de los Padres, en la zona que hoy constituye el yacimiento arqueológico colonial de Piura la Vieja, disponiéndose la nueva ciudad en uno de los pequeños valles transversales del curso alto del río Piura, que en lengua tallán significa «granero», en una localización muy próxima a uno de los tambos que jalonaban el camino inca que unía Tumbes con el Cusco. Este lugar, en el que se había alojado Francisco Pizarro en dos ocasiones, a la postre iba a constituirse en el asentamiento más primitivo de cuantos se conocen de esta ciudad española, el primero en el Perú y en el hemisferio meridional. Como sabemos, la fundación de las ciudades españolas en territorio americano estaba perfectamente prevista por la Corona, que había reglamentado los aspectos jurídicos y urbanísticos de los emplazamientos, estableciendo que solo podían llevarse a cabo bajo mando autorizado. Algunos historiadores han considerado que, en realidad, la primera fundación, la de San Miguel

de Tangará, nunca llegó a existir, lo que explicaría la imposibilidad de encontrar el acta de fundación de la ciudad, interpretándola tan solo como un asiento establecido para adelantarse a las maniobras de otros conquistadores (Ramos Pérez 1972, Perroud 1930). La carencia completa de datos fiables respecto a esta primera fundación de la ciudad de Piura hace pensar, en el mejor de los casos, que tuvo una efímera existencia, de ahí la relevancia del segundo asentamiento, el del Alto Piura, mucho más duradero (1534-1578).

El responsable del traslado desde el valle del Chira al Monte de los Padres fue, como ya hemos indicado anteriormente, Diego de Almagro. Las noticias que tenemos hacen referencia a las quejas de los vecinos del lugar de Tangará por tratarse de un sitio enfermo, por lo que Almagro, haciendo uso de los poderes que Pizarro le había otorgado, decidió reubicar la ciudad, que conservó el nombre de San Miguel, y eligió el nuevo sitio «[...] en un lugar fresco y bien proveído [...] por llegarse a la sierra e al fresco, e donde hay verduras [...]» (Cieza de León 2005). Las referencias de los cronistas a la existencia de un centro indígena en este lugar son abundantes y no dejan lugar a dudas. Diego de Trujillo se refiere en su crónica a una fortaleza «a donde agora es Piura» (Trujillo 1948). En el mismo año de 1532, una avanzada de las tropas al mando de Benalcázar había permanecido a la espera de Pizarro en la fortaleza del curaca del lugar, obteniendo diversa información sobre Atahualpa, y desde allí, antes de partir a Cajamarca, Pizarro, a requerimiento de los habitantes de San Miguel, había enviado hombres a caballo e infantes para resguardo de la ciudad (Correa Gutiérrez 2001: 13-22 y 53-105). Hay en las crónicas numerosas menciones al camino y a las construcciones que lo jalaban, a las que se hace referencia como «torre», «casa fuerte hecha de piedra» y términos semejantes. Respecto a la importancia de la situación de Piura sobre el camino de la costa, los datos son lo suficientemente elocuentes: los castellanos lo habían empleado para el acceso a la sierra en 1532 y el propio Almagro había comprendido la conveniencia del traslado para su control

efectivo. La ciudad, a pesar de encontrarse tierra adentro, no solo habría de servir de punto de referencia para todas las expediciones que arribaban a la Gobernación de la Nueva Castilla, sino que además se iba a convertir en punto de partida de las exploraciones de La Culata, nombre con el que eran conocidas las tierras al norte de la Gobernación.

Anne Marie Hocquenghem ya se ha referido al importante papel que debió jugar el sistema de comunicaciones preexistente en la exploración y conquista de esta parte del Perú por los españoles (Hocquenghem 1998), que se habrían apoyado de este modo en el propio sistema de control territorial organizado por los incas, quienes probablemente se habían aprovechado de elementos más primitivos, entre los que destacan no solo los caminos, sino también canales de irrigación, centros ceremoniales, etc. Su argumentación bascula sobre el hecho de que en los valles del extremo norte del Perú solo se observa cerámica inca en localizaciones relacionadas con el camino de la costa, lo que pone de manifiesto que estos lugares servían para el control de los curacas locales y jalonaban la ruta principal, desde el valle de Tumbes en la costa del Pacífico, pasando por los valles del Chira y el Piura, hasta alcanzar el valle de Olmos. Además, enlazaban con los caminos secundarios que unían el camino con puntos importantes de la sierra, como el de Serrán a Caxas o a Huancabamba, o el de Piura la Vieja a Caxas (Hocquenghem 1994: 1-67). Y lo cierto es que, situada sobre este camino de la costa durante al menos cuarenta años, entre 1534 y 1574, la ciudad de San Miguel de Piura se convirtió así en el lugar de referencia inexcusable para exploradores, conquistadores, mercaderes y visitantes ilustres, como lo demuestran las muchas menciones a la ciudad hasta los tiempos del virrey Francisco de Toledo. Por ejemplo, en el año 1544 y tras desembarcar en Tumbes, pasó por la ciudad el primer virrey del Perú camino de Lima, el después malogrado Blasco Núñez Vela. En 1547 lo hace Pedro de La Gasca, quien, con el cargo de presidente de la Audiencia de Lima, sería encomendado por el rey Carlos

I para la pacificación del Perú, sumido en continuas guerras civiles. Cuando La Gasca arriba a Tumbes en 1547, envía la flota a Paita y se dirige por tierra a Catacaos y luego a San Miguel, donde se entrevista con varios de los vecinos. Estas y otras noticias no hacen sino confirmarnos que, a mediados del siglo XVI, Tumbes y Piura eran todavía la principal puerta de entrada a un espacio de frontera en pleno proceso de exploración y conquista. La limitada vida urbana, de poco más de cuarenta años, de esta segunda San Miguel de Piura hace que su localización en las producciones cartográficas cronológicamente coincidentes sea, cuanto menos, bastante reducida. A pesar de ello, podemos acudir a una interesante serie de mapas que constituyen buenos ejemplos de la importancia simbólica que su propia fundación, y hasta cierto punto también para su misma representación, tuvo para la Corona de España. En cualquier caso, la información arqueológica que nos proporcionan las veinte hectáreas de ruinas que se conservan en Piura la Vieja nos pueden dar una idea de la importancia que tuvo en esa época, cuando contaba con veintitrés encomiendas, iglesia matriz, ermita, convento de mercedarios, casas del cabildo, carnicería, etc. (Vela Cossío 2000, Villanueva 2004, Elías 2004).

El mapa del mundo se habría completado antes del medio siglo. En los años de desarrollo y crecimiento de San Miguel de Piura, las expediciones siguieron avanzando, de manera que, partiendo de Piura, Benalcázar enlazó, entre 1536 y 1538, Quito con lo que siglos más tarde sería Colombia; hacia el sur, las empresas prosiguieron su intención de ganar el territorio del Imperio Incaico; Valdivia llegó a Chile en 1539-1540, tras el intento frustrado de Almagro; atravesando el Amazonas, se abrieron paso las expediciones de Orellana (1542) y, más tarde, de Aguirre (1561), que unieron el Pacífico con el Atlántico por vía terrestre y fluvial. Por el este, la expedición de Mendoza alcanzaba lo que después se llamaría Buenos Aires, en 1535-1536. Finalmente, como era de esperar, las exploraciones se adentraron por el Pacífico en busca de las indias por la ruta occi-

dental, convirtiendo a las ciudades y tierras americanas en bases estratégicas de abastecimiento.

El abandono de Monte de los Padres después de 1574 y el nuevo traslado a San Francisco de Buena Esperanza de Paita, donde encontramos a los españoles ya situados en torno a 1578, nos ayudan a materializar una imagen diferente de la estructura del territorio del norte peruano a lo largo del último tercio del siglo XVI. La localización de la nueva ciudad, que abandonó de una forma efímera su arraigada denominación como San Miguel por una breve advocación a San Francisco, debió de estar supeditada a la existencia de ventajas geográficas concretas en su establecimiento. Es probable que conviniese establecer un punto de referencia costera capaz de dar cabida a las necesidades de pilotaje. En este sentido, el puerto de Paita fue siempre de gran valor, tanto para la propia ciudad de Piura como para el ulterior avance hacia los territorios de la costa sur y del interior.

El que fuera gobernador de Yaguarsongo y Bracamoros, Juan de Salinas de Loyola, en la descripción geográfica que remitió al Consejo de Indias en 1570, decía al respecto que «[...] en términos de la dicha ciudad hay dos puertos, el uno el de Tumbes, que solía frecuentarse, pero ya por maravilla llega navío a él; y el otro el de Paita, en el cual pocos navíos dejan de tomar puerto, así de los que suben como los que bajan. Es muy buen puerto y grande, a manera de abaya, donde pueden surgir mill navíos y muy guardados, sin que puedan tener riesgo [...]» (Salinas 1965: 40-41). Sus cualidades como puerto, aún en la actualidad, provienen de sus peculiares características, por tratarse de una bahía con una profundidad mínima, cercana a los 10 metros, sin corrientes marinas ni vientos importantes. Cuenta, además, desde el punto de vista topográfico, con la protección de los acantilados que lo rodean y del cerro de La Silla de Paita (310 m) al sur. Otros cronistas de la época, como Pedro Cieza de León, unos años antes, coinciden en señalar las condiciones del ventajoso puerto:

El puerto de Paita está de la punta pasadas ocho leguas, poco más; Paita es muy buen puerto, donde las naos limpian y dan cebo; es la principal escala de todo el Perú y de todas las naos que vienen a él. Está este puerto de Paita en cinco grados; de la isla de Lobos (que ya dijimos) córrese deste oeste hasta llegar a ella, que estará cuatro leguas; y de allí, prosiguiendo la costa al sur, se va hasta llegar a la punta del Aguja. Entre medias de isla de Lobos y punta de Aguja se hace una grande ensenada, y tiene gran abrigo para reparar las naos; está la punta del Aguja en seis grados; al sur della se ven dos islas que se llaman de Lobos Marinos, por la gran cantidad que hay dellos [...].<sup>1</sup>

A la parte norte de la bahía del puerto de Paita va a desembocar el río Chira, mientras que la «ensenada» que menciona Cieza de León es la bahía de Sechura, en la que desemboca el Piura después de atravesar el desierto del mismo nombre. Con la apertura del puerto en El Callao, después de 1537, se inició un proceso que conducirá en la segunda mitad del siglo al desplazamiento progresivo de los puertos norteños como receptores de las grandes expediciones procedentes de Panamá, de manera que dejarán de constituir el acceso natural al Perú. Si Paita había desplazado a Tumbes desde mediados del siglo XVI, después del ataque de Drake (1579), El Callao se convertirá definitivamente en el principal puerto de arribo al Perú.

Durante los últimos años del siglo XVI seguiremos teniendo noticias de cómo la Armada del Mar del Sur, creada por el virrey Toledo, recalaba con cierta frecuencia en Paita, y durante el siglo XVII fueron muy abundantes las referencias a incidentes con piratas y con corsarios ingleses y holandeses que mencionan el puerto y la bahía. En todo caso, la efímera experiencia costera hizo del Chilcal el destino definitivo en la búsqueda de un lugar de asentamiento. Así, en los años finales del siglo XVI, en la zona de Tacalá, en el Bajo Piura, se levantó la nueva ciudad de San Miguel del Villar. La fuerte exposición que sufría el puerto de Paita y las dramáticas experien-

---

1. Cieza de León 2005: 22-23.

cias de los ataques de Drake (1579) y Cavendish (1587) impulsaron al sétimo virrey, Fernando de Torres y Portugal, a ordenar en 1588 el traslado de la mayor parte de la población al valle del Chilcal, sin perjuicio de dejar operativo el todavía importante puerto de Paita.

Muchos de los mapas de esta parte del continente elaborados a lo largo del último tercio del siglo XVI se hacen eco de esta multiplicidad de localizaciones de la ciudad de Piura, pues los cuatro emplazamientos en un solo siglo no habían facilitado en nada la comprometida tarea de representación a los cartógrafos. Por ejemplo, el mapa de Diego Méndez, editado por Ortelius, señala una ciudad de San Miguel en el valle del Chira, en el lugar donde debió estar la primera fundación de la ciudad antes de su traslado al Monte de los Padres, mientras el topónimo «Piura» se reserva a una localización mucho más imprecisa que bien podría interpretarse tanto como la ubicación definitiva después del abandono del puerto de Paita en 1588, como con el segundo asentamiento, junto al Monte de los Padres, de 1534. A los dos topónimos se les adjudica en el mapa la entidad de ciudad mediante el empleo del símbolo del castillo-torre, pero, al menos cuantitativamente, el dibujo de la vieja San Miguel es mayor que el de la nueva Piura del Chilcal.

La historiografía ha venido valorando los traslados de Piura como ensayos incompletos de poblamiento o como experiencias malogradas por las diferentes circunstancias, ya fuesen de naturaleza endógena, como los problemas de salubridad en Tangará, las complicaciones meteorológicas, las epidemias y las enfermedades endémicas del Alto Piura, o de carácter exógeno, como los ataques de los corsarios ingleses al puerto de Paita. Así, la historia de las distintas «Piuras» se ha interpretado como un conjunto de tentativas fallidas hasta la culminación del proyecto urbano definitivo con la última reubicación en el Chilcal de Tacalá, en el año 1588. Sin embargo, los traslados de la ciudad de Piura nos remiten a un proceso de cambio que puede ser descrito y explicado con coherencia, y que se hace patente en aquellos aspectos relativos a la función y

el sentido de la ciudad, entendida como un instrumento más en el proceso general de la exploración y la conquista del Perú. Así, pueden buscarse las razones estratégicas que tienen que ver con la propia percepción del paisaje histórico por parte de los españoles, de manera que al primer asentamiento en el valle del Chira (San Miguel de Tangarará, 1532) le sigue la importante experiencia urbana del Alto Piura (San Miguel de Piura, 1534); a esta, la efímera ciudad marinera de la bahía de Paita (San Francisco de Buena Esperanza de Paita, 1576), y desde aquí, definitivamente, a la ciudad agrícola y mercantil del Chilcal de Tacalá (San Miguel del Villar, 1588), cerca de Catacaos, donde todavía se encuentra hoy. Si tras el desembarco de Pizarro en Tumbes (1532) es apremiante la fundación, digamos jurídica, de la primera ciudad de San Miguel, la de Tangarará, y la materialización de una cabeza de puente suficientemente segura en el valle del Chira, desde la cual se pudiera abordar la exploración del camino transversal que ascendía desde la costa hacia Cajamarca, luego de la captura de Atahualpa, quedó consolidada la conquista y, después de ser neutralizado el conquistador Pedro de Alvarado en 1534, se produjo el traslado al Monte de los Padres.

Este segundo asentamiento, sobre el Qhapaq Ñan de la costa, ejemplifica la comprensión por parte de los castellanos de la necesidad de establecer una ciudad de entrada a los nuevos territorios. La ciudad que se levantó junto al Monte de los Padres sobre el primitivo centro administrativo inca tuvo como este una función de apoyo a los desplazamientos norte-sur, a los accesos con dirección a la sierra de Cajamarca, pero también hacia los territorios ecuatorianos al norte de la misma, que se comenzaron a explorar desde el comienzo de la década de 1530. Además, la ciudad cumplió a la perfección el papel de punto de control efectivo de un vasto territorio que se extendía entre la costa y la cordillera, en el área en donde más se ensancha la franja costera peruana. Culminado el proceso de exploración de las regiones ecuatoriales y perdido para siempre el papel de la ciudad para el arribo de los exploradores, conquis-

tadores y comerciantes que había tenido la segunda San Miguel, aquella ciudad levantada en 1534, en el Alto Piura, se convirtió en un artefacto inservible de la política virreinal. De ahí la necesidad de un traslado que, como los anteriores, se planificó desde las responsabilidades del gobierno, primero, en 1534, por Diego de Almagro; después, en 1569, por el quinto virrey, D. Francisco de Toledo. No puede sorprender por ello que otro virrey, D. Fernando de Torres y Portugal, después del desastre producido por Drake en 1579 y solo un año más tarde de un nuevo ataque a Paita por Thomas Cavendish (1587), ordenase el traslado definitivo de la ciudad al Chilcal de Tacalá con el nombre de San Miguel del Villar. Esta ciudad es hoy la capital del departamento de Piura y una de las ciudades más importantes del Perú y, aunque nada ha conservado de la arquitectura de finales del siglo XVI, mantiene casi intacta la traza que le dieron los españoles en 1588.

Nada sabemos de las características urbanas del primer asentamiento en el valle del Chira y son muy escasas las noticias que tenemos del tercero en el puerto de San Francisco de la Buena Esperanza, de Paita. Sin embargo, en Piura la Vieja se conservan cerca de veinte hectáreas de ruinas que constituyen, como ahora veremos, el yacimiento arqueológico de época colonial temprana más antiguo del Pacífico Sur.

## **2. ARQUEOLOGÍA DE LA CIUDAD: LA TRAZA Y LA ARQUITECTURA**

Como ya hemos tenido oportunidad de señalar en trabajos anteriores, el proceso de urbanización del continente americano conforma uno de los aspectos más interesantes de la historia moderna. La extensa escala geográfica en la que se desarrolló y la brevedad del proceso hacen de la urbanización de la América española uno de los campos de investigación científica más importantes para el conocimiento de la historia de la ciudad en Occidente, y constituyen

un ámbito de estudio que, en su globalidad, resulta prácticamente inabarcable. Aun cuando el fenómeno ya ha sido estudiado muchas veces de forma general y en modo panorámico, también se han podido efectuar numerosísimas lecturas complementarias de naturaleza geográfica local y regional, o hasta de carácter temporal, mucho más concretas. Lo cierto es que todavía quedan numerosas experiencias urbanas muy poco estudiadas, apenas se sabe algo o la información es discontinua acerca de lo sucedido en multitud de áreas regionales y, desde luego, puede avanzarse mucho en el terreno de la historia de las tipologías, pues, aunque los patrones hispánicos son de una fuerza poderosa en todo el continente, se fueron estableciendo condiciones de naturaleza local más concretas y etapas cronológicas sobre las que ha sido posible llevar a cabo lecturas más pormenorizadas. Estas expectativas son especialmente extensas en todos los aspectos relativos a la construcción histórica, como ocurre con las trazas, los materiales, las técnicas y los sistemas de construcción utilizados por los colonizadores españoles en el siglo XVI. Pero entre todos los aspectos susceptibles de ser revisados de un modo crítico e incluso de ser desarrollados plenamente en futuros trabajos de investigación, nos resulta digno de destacar, en muchos casos, el estudio de las experiencias fallidas de este proceso urbanizador. El análisis pormenorizado de las fundaciones más tempranas de la primera mitad del siglo XVI, en sus aspectos de traza, morfología y procesos de edificación; las razones de estos procesos fracasados, ya fueran de naturaleza estrictamente endógena o bien fueran externas o también obedecieran a una combinación de ambos tipos de factores; la descripción del tránsito temporal que recorrieron hasta la interrupción definitiva del proceso, así como el estudio de los factores que pueden ser observados en la conservación de los propios conjuntos y, especialmente, en lo relativo al proceso de investigación de los mismos (con definición de las estrategias del trabajo científico necesarias para un análisis exhaustivo de cada caso particular, que comprenda los ámbitos de la geogra-

fía, arqueología e historia documental) constituyen, como veremos, grandes espacios abiertos a nuevas especulaciones y, por lo tanto, un espléndido pretexto para esta propuesta de investigación futura.

Como acertadamente ha señalado la investigadora argentina Ana Igareta, uno de los elementos que otorga una mayor complejidad al análisis de los procesos urbanos del periodo colonial temprano se relaciona con la ausencia de una normativa específica que diera cuerpo a la acción de los fundadores, motivo por el cual el resultado material se presenta como altamente variable y sujeto a intencionalidades individuales y/o locales (Igaréta 2006). Si bien desde el inicio de la conquista del continente americano existió una amplia gama de documentos, instrucciones a los gobernadores, cédulas reales, ordenanzas, etc., destinados a orientar el proceso urbanizador, no fue sino hasta 1573 cuando las *Ordenanzas de Poblamiento*, de Felipe II, introdujeron el primer conjunto orgánico de normas relativo a la creación de ciudades en la América hispánica. El grado en que dicha normativa fue respetada por los conquistadores, así como su probable carácter de codificación con respecto a las experiencias anteriores, es uno de los problemas que todavía se encuentra en discusión (Areces 2000). Puede decirse que la mayor parte de las fundaciones de la América austral anteriores a 1550 o próximas a los años centrales del siglo XVI, como sería el caso de la costa y del interior del Perú, de amplias áreas de la Audiencia de Quito o del área de La Plata, adquirieron forma precisamente en el curso de la etapa colonial más temprana, un periodo que podemos definir como experimental o de laboratorio o transicional (Hardoy 1972, 1991, Gutiérrez 1983, 1984).

Este periodo también estuvo lleno de incertidumbres, tentativas y fracasos, como una consecuencia de los problemas que los conquistadores encontraron en territorios de los que nada sabían y a cuyas condiciones medioambientales quedaron fuertemente expuestos, amén de las cruentas pugnas por el control del poder político y de los nuevos recursos que enfrentaron a muchos de los

aventureros que participaron en el proceso de descubrimiento, exploración y conquista de los nuevos territorios. Sin embargo, este periodo temprano del proceso colonizador, que apenas se extendió en un lapso de cincuenta años en la mayor parte de las regiones de América Central y del Sur, y tan solo en veinte o treinta años en algunas de ellas, llegó a tener un impacto enormemente significativo en lo que fue la posterior estructuración del sistema urbano colonial. En ese sentido, «[...] hacia 1580 estaban ya fundadas la gran mayoría de las principales ciudades en las que se concentraron las funciones administrativas y religiosas [...] de la colonia [...]. La temprana preeminencia de algunas de esas ciudades fue decisiva en la estructuración de los sistemas urbanos regionales posteriores» (Hardoy 1972: 171).

En todo caso, puede señalarse esta simbólica fecha de 1573 como el hito que podría señalar el cierre del ciclo del llamado periodo colonial temprano, del que muy poco sabemos en lo referente a las características del registro material de las ciudades hispanoamericanas. Resulta paradójico que siendo la primera mitad del siglo XVI el periodo en el cual se fundaron el mayor número de asentamientos urbanos, haya sido tan poco significativo el interés de los investigadores por definir los diferentes rasgos constructivos de las ciudades y sus arquitecturas, algo que quizá se pueda explicar si tenemos en cuenta el escaso o nulo desarrollo de la arqueología urbana en muchos países iberoamericanos, en particular en el Perú, un factor que se combina con la existencia de un abundantísimo y espléndido material documental disponible, sobre todo, en los archivos españoles, así como también en algunos repositorios hispanoamericanos, a los que se entregaron para su estudio algunos investigadores con gran eficiencia, desde los primeros trabajos del maestro Diego Angulo Íñiguez en los años treinta (Angulo Íñiguez 1933-1939).

Los españoles encontraron en el Perú al imperio de los incas, una cultura urbana extraordinariamente desarrollada. La evolución de muchos asentamientos poblacionales de la sierra, como Caja-

marca o el Cusco, nos muestra el proceso de transformación de los primitivos poblados prehispánicos durante el periodo colonial; así puede leerse el legado inca en el propio proceso de urbanización del Perú. En cambio, a principios del siglo XVI y en la mayor parte de la costa, los españoles no hallaron grandes aglomeraciones urbanas indígenas en uso. Las grandes experiencias urbanas de la costa norte, de época mochica o chimú, llevaban abandonadas cientos de años cuando llegaron los conquistadores. Por ello, en las áreas costeras del Perú debieron fundarse numerosas ciudades prácticamente desarrolladas «ex novo», aunque como después veremos, todavía se pueden estudiar en algunas de ellas las posibles preexistencias de elementos urbanos o semiurbanos de naturaleza prehispánica, como es el hipotético caso de la propia ciudad de Los Reyes (Lima) y seguramente el del segundo emplazamiento de San Miguel de Piura, junto al Monte de los Padres. Pero, en todo caso, lo que nos interesa ahora recalcar es la importancia y rapidez del proceso de urbanización del norte peruano que, en su franja costera y a lo largo de poco más de 1000 km de longitud, vio establecerse antes de 1540 ciudades que fueron posteriormente relevantes como Piura o Trujillo. La costa del Perú constituye por ello una de las áreas más interesantes para el estudio del proceso urbanizador de las regiones occidentales de América del Sur. Aunque todas las ciudades norteñas conservan una buena parte de la traza colonial y es posible reconocer la métrica española en las calles y plazas de Lambayeque, Zaña, Guadalupe o Piura, las transformaciones del entramado urbano han sido muy abundantes y aún inevitables en esta tierra de terremotos y desastres naturales. No es fácil encontrar en el norte peruano conjuntos coloniales tempranos bien conservados y, precisamente por ello, de cuantos todavía pueden visitarse, el de mayor trascendencia histórica lo constituye, sin duda alguna, el yacimiento arqueológico de Piura la Vieja (La Matanza).

Cuando se habla de modelos en la ciudad americana, los especialistas no se refieren a la existencia de un patrón explícito pre-

vio al comienzo de las fundaciones al cual debieran haber estado sometidas. Sin embargo, aunque algunas ciudades se desarrollaron de manera aleatoria, la mayor parte obedece a un trazado geométrico. Fernando de Terán ha propuesto la distinción de tres clases posibles de traza: las retículas (grupo 1), las retículas ortogonales (grupo 2) y, finalmente, las cuadrículas (grupo 3) (Terán 1997). El primer grupo estaría formado por aquellas ciudades cuyas calles, trazadas como entonces se decía «a regla y cordel», están constituidas por tramos rectos que se cruzan formando la mencionada retícula; el segundo grupo, en cambio, lo conforman las ciudades cuyas calles se cruzan en ángulo recto; por último, en el caso del tercero, las calles se entrecruzan, en tramos iguales, formando una cuadrícula perfecta. Todos estos casos se dieron en la construcción de la ciudad iberoamericana. La traza de la ciudad de San Miguel de Piura parece remitirnos al primer grupo. Estaríamos así muy cerca de los modelos de San Cristóbal de La Laguna en Tenerife (1496), de Santo Domingo (1494) o de Santiago de Cuba (1511). La ciudad, hija de su tiempo, nos muestra igualmente la importancia del elemento urbano más destacable en el estudio de la ciudad hispanoamericana: la plaza mayor. En San Miguel, fundación militar, se trata de una plaza de armas, y por su imponente tamaño, cercano a los 100 metros de lado, se perfila como aquel elemento urbano de personalidad más acusada. Esta clase de estructura urbana con centro en una plaza central, de la cual emergen las distintas vías de comunicación, dio forma al tipo básico del urbanismo virreinal. Como nos recuerda Antonio Bonet Correa, «la plaza, corazón de la ciudad, es su núcleo generador, el modelo estructural que delimita toda su armazón urbana» (Bonet Correa 1991: 178). Su estudio es, por tanto, decisivo para la comprensión de los fenómenos urbanos y su desarrollo temporal. La plaza, en una disposición arquetípica, suele presentar la iglesia y el palacio episcopal en el lado oriental; el cabildo, concejo o ayuntamiento, en el occidental; las casas reales, en el septentrional (tribunal, aduanas, ceca, arsenal, etc.), y las de

los ciudadanos más distinguidos, la aristocracia local, en el sector meridional. Esta clase de estructura nos remite a la planta típica del núcleo de una fundación de la primera mitad del siglo XVI, del tipo eneacuadrado (nueve cuadrados), con ocho manzanas circundando a la plaza mayor y una superficie próxima a las doce hectáreas. Estas ocho manzanas, divididas luego en cuatro solares cada una, albergaban generalmente a unos treinta vecinos, uno por parcela, reservándose dos parcelas a edificios públicos. Las Leyes de Indias de 1573, como hemos dicho, no hacen sino recopilar y codificar lo que constituye la práctica habitual durante los dos primeros tercios del siglo XVI. Este código puede considerarse el substrato principal sobre el que se dispone, durante los siglos XVII y XVIII, todo el desarrollo urbano hispanoamericano.

En este contexto, las ruinas de San Miguel nos ofrecen una interpretación fidelísima de estos primeros trazados de la época de Carlos I. Por el texto de Salinas de Loyola sabemos, por ejemplo, que en San Miguel de Piura hubo casas del cabildo y de la carnicería, el espacio urbano de la Plaza de Armas que hoy contemplamos conforma un cuadrado cercano a los 100 por 100 metros que bien pudo albergar, a la vista de los montículos que aún hoy lo rodean, este programa urbano característico. En otras ciudades hispanoamericanas de esta época, como por ejemplo Viejo León (Nicaragua), la plaza mayor es muy semejante, de más de 100 varas por lado, y presenta un espacio amplio y abierto en el que estaban ubicados a su alrededor la catedral, al este o naciente, y el palacio de la gobernación, probablemente, al norte. Las excavaciones arqueológicas han descubierto una catedral de dimensiones y grandeza superiores a la iglesia de la Merced. Las calles forman avenidas de unas 10 u 11 varas de lado y la trama urbana forma un gran rectángulo de 9 x 10 manzanas aproximadamente. En la colina sur-este, que domina la ciudad y el lago, se encuentra la fortaleza de León Viejo, que debía tener una torre de vigía para ver los movimientos de las gentes que venían del interior de las tierras llanas que circundan la ciudad y los

navíos o bajeles del lago. La métrica de la red viaria y de las calles, su disposición y orientación, así como el estudio de los elementos que confinan y protegen la ciudad nos remiten a una unidad colonial temprana de gran interés (Bonet Correa 1972: 211-223).

Ya hemos tenido oportunidad de señalar que el conjunto urbano de San Miguel de Piura tuvo iglesia matriz, convento de mercedarios y casas del cabildo, alcanzando hacia mediados del siglo XVI un centenar de vecinos, de los que 23 eran encomenderos, una cifra muy considerable si tenemos en cuenta que Trujillo tenía por entonces el mismo número, y la ciudad de Los Reyes o Lima contaba con unos 30. Para los que hemos trabajado sobre esta ciudad la descripción que de ella hiciera Juan Salinas de Loyola después de 1570 se ha convertido en un punto de referencia inapreciable por sus alusiones a su fisonomía y composición:

[...] la plaza en medio y della salen ocho calles, y por ellas cuerdas de solares de a ciento ochenta pies cada un solar en cuadra, y cada cuadra tiene cuatro solares; las calles de ancho a treinta pies, y por ser el pueblo pequeño, lo son también las calles, y no con los nombres que acá se acostumbran [...]. Podrá haber hasta cien casas, pocas más o menos, y los materiales con que están edificadas son, los cimientos de piedra, y lo demás de adobes y tapias, y cal, y ladrillo, y las cobijas de paja, como llueve poco; y que antes van en disminución que no en acrecentamiento, por las causas que tiene dichas, aunque los edificios se mejoran [...].<sup>2</sup>

Además de la descripción de la ciudad de San Miguel por Salinas y Loyola, existe otra, de Agustín de Zárate, en la que se hace una serie de comentarios de gran interés con referencia a la extraña epidemia que dejaba ciegos a los habitantes de la ciudad y que, con el paso del tiempo, se convirtió en una de las razones de su temprano abandono:

[...] En toda la largura de los llanos ay poblados de christianos cinco ciudades. La primera se llama Puerto Viejo, que está muy

---

2. Salinas 1965: 40-41.

cerca de la línea equinoccial; ésta tiene pocos vezinos porque es tierra pobre y enferma, aunque ay algunas esmeraldas (como arriba está dicho). Cincuenta leguas más arriba, quinze leguas la tierra adentro, está otra ciudad, que se llama Sant Miguel, y en lengua de los indios se llamaua Piura, lugar fresco y bien proueydo, aunque sin minas de oro ni de plata. Allí ay vna enfermedad natural de la tierra que da en los ojos a los más que por allí pasan.<sup>3</sup>

Aún es escasa la información disponible acerca de la arquitectura y la construcción histórica de la ciudad de San Miguel durante el periodo de su ocupación colonial, entre 1534 y 1580, pero tanto los trabajos de levantamiento y prospección sistemática que hemos desarrollado en el yacimiento desde 1999, como las cuatro campañas de excavaciones que se han podido realizar desde entonces (1999, 2005-2006, 2008 y 2011), ponen de manifiesto la fuerte impronta de la tradición constructiva castellana que manifiestan los restos conservados. Es de destacar la variedad de los materiales de construcción encontrados en San Miguel de Piura, lo que pone de manifiesto una tipología constructiva bastante desarrollada. En este sentido, y haciendo un breve repaso de los principales sistemas constructivos y aparejos documentados, debemos citar las mamposterías careadas de piedra cuarcita del lugar, con argamasas de barro mejorada con cal en zócalos. Los rellenos de piedra y barro en el interior de los edificios. Los muros de fábrica de adobe con mortero de cal. Los suelos de tierra apisonada con restos cerámicos en pavimentos exteriores. Los umbrales de piedra y los pavimentos interiores de barro cocido. Los pavimentos de mortero de cal, las estructuras de madera en cubiertas y la cubrición de teja cerámica curva en tejados. En todo caso, de todos los trabajos que hemos llevado a cabo hasta la fecha puede extraerse como principal conclusión que pueden confirmarse plenamente las descripciones de Juan Salinas y Loyola, quien señala que «[...]. Podrá haber hasta cient

---

3. Zárate 1995: 18.

casas, pocas más o menos, y los materiales con que están edificadas son, los cimientos de piedra, y lo demás de adobes y tapias, y cal, y ladrillo, y las cobijas de paja, como llueve poco; y que antes van en disminución que no en acrecentamiento, por las causas que tiene dichas, aunque los edificios se mejoran [...]» (Salinas 1965: 40-41).

Otras descripciones de cronistas españoles del siglo XVI abundan en este mismo universo constructivo y nos ofrecen en algunos casos informaciones complementarias de gran interés. Tal es el caso de Zárate, quien se refiere al modo en que se levantan las edificaciones, sobreelevándolas mediante plataformas de tierra maciza: «[...] los cuales edifican haziendo las paredes de los quartos de adoues, con cinco pies de ancho, y en medio lo inchen de tierra todo lo necesario para subir el aposento, hasta que las ventanas que salen a la calle queden bien altas del suelo» (Zárate 1995: 19).

En este sentido, las excavaciones arqueológicas han dejado a la vista procedimientos de construcción muy semejantes en Piura la Vieja. Entre las edificaciones de época colonial que han podido ser mejor estudiadas gracias a las excavaciones arqueológicas, destaca especialmente la que hemos interpretado como una de las iglesias de la vieja ciudad española. En los textos del corregidor Diego de Pineda<sup>4</sup> sobre visitas a distintos lugares de la Sierra de Piura realizadas entre 1553 y 1573 (textos de 1557 y 1558) hay referencias a los templos de la ciudad de San Miguel:

[...]. Por tanto, que ruega y encarga al muy reuerendo señor Bachiler Juan López Guijarro, vicario de la iglesia desta ciudad, haga decir vna misa solene al Espiritu Santo, [...]. E después de hauer dicho e acabado la misa en presencia de los susodichos, el dicho señor corregidor dijo que juraua y juró por Dios y por

---

4. Diego de Pineda fue corregidor de las ciudades de San Miguel y Trujillo, y de la villa de la Parrilla Santa, en lo que hoy es el departamento de Ancash, pero es muy poco lo que se sabe de él. Deseo hacer constar mi especial agradecimiento al profesor Jorge Pável Elías Lequernaqué, de la Universidad de Piura, por las referencias que me ha proporcionado sobre este personaje.

Santa María [...]. Y así hecho el dicho juramento, el dicho señor vicario y el dicho señor corregidor salieron en procesión con toda la gente que estaba, llevando la cruz delante con la solemnidad que de presente se pudo hacer. Y fueron en procesión a la Casa de Nuestra Señora de la Merced desta ciudad. E allí se dijo misa de Nuestra Señora. E dicha voluieron en procesión a la dicha iglesia. Y allí el dicho señor vicario dijo ciertas oraciones invocando la gracia del Espíritu Santo al dicho efeto.<sup>5</sup>

Durante el desarrollo de los trabajos de levantamiento y toma de datos desarrollados en el yacimiento en el periodo 2003 y 2004 —culminados casi por completo en los años 2006 y 2007 (Vela Cossío 2010: 97-101)—, se pudo establecer el potencial interés de un montículo de morfología alargada situado en la esquina meridional de la Plaza de Armas. Tanto por su situación, muy próxima al centro urbano, como por sus dimensiones, se trataba sin lugar a dudas de una edificación muy singularizada, lo que nos inclinó a pensar en la iglesia mayor de la ciudad colonial.

La excavación arqueológica de esta «Estructura Singular 1» se ha desarrollado durante las campañas de 2005-2006, 2008 y 2011, que pone de manifiesto que se trata efectivamente de una iglesia de planta longitudinal de 140 pies castellanos de largo por 50 de ancho (aproximadamente 39.00 m x 14.00 m). La exactitud de sus dimensiones en la unidad métrica castellana despeja cualquier duda inicial sobre la proyección y ejecución de esta estructura del periodo colonial. El uso de esta edificación como iglesia ha podido confirmarse gracias a la localización de un amplio presbiterio elevado en su extremo oriental al que se accedía mediante una elegante escalinata de siete peldaños de tierra apisonada sencillamente revestidos con mortero de cal. Junto a esta estructura se ha documentado un espacio diferenciado situado a la espalda del altar, que pudo ser utilizado como sacristía. Se conserva así mismo un montículo elevado,

---

5. Espinoza 2006: 204-205.

situado en el extremo suroccidental del antiguo templo, que pudo ser usado como la base de una espadaña o un campanario. Su tipología general recuerda a la de la iglesia de Túcume Viejo, que también hemos tenido ocasión de estudiar (Vela Cossío 2007: 935-940), y, como aquella, es muy probable que estuviese organizada en tres naves separadas por pies derechos de madera sobre los que descansaba la armadura de su cubierta, también de madera, de la que se han hallado ya vestigios en el interior del antiguo templo. Las excavaciones han exhumado, además, enterramientos en el interior de la nave, con orientación litúrgica. En cuanto a la fecha de construcción de esta iglesia, el material arqueológico (cerámico y metálico, principalmente) registrado en el relleno tanto del piso como de los apisonados del montículo situado en la esquina suroccidental de la fachada nos indica que fue realizada cuando ya existían desechos de material cerámico de procedencia española, es decir, que su edificación fue posterior a 1534 (Astuhumán y Vela Cossío 2010: 113-116). De hecho, su construcción probablemente tuviera lugar en la década siguiente, pues en 1543 el virrey Vaca de Castro había ya definido la jurisdicción de los obispados de Lima y Quito, lo que requería de iglesias en las ciudades fundadas, y el posterior periodo de 1544 a 1548 parece que fue muy convulsionado para dedicarse a la construcción. Tras él, la más calmada década de 1550 marcó la consolidación de San Miguel de Piura como uno de los principales centros del naciente virreinato del Perú. De hecho, hacia 1550, Pedro Cieza de León, quien estuvo en San Miguel, señalaba que «[...] esta ciudad se tenga en este tiempo en poca estimación por ser lo repartimientos cortos y pobres, es justo que se conozca que merece ser honrada y privilegiada por haber sido principio de lo que se ha hecho y asiento que los fuertes españoles tomaron antes que por ellos fuese preso el gran señor Atabalipa» (Cieza de León 2005: 171).

Los restos de la iglesia estudiados durante las campañas de excavación de 2005, 2008 y 2011 nos permiten conocer las técnicas

constructivas utilizadas en la zona en los primeros tiempos de la colonia, así como estudiar la probable pervivencia de tradiciones constructivas locales tras la conquista española o la posible reutilización de estructuras preexistentes en los edificios coloniales de la antigua San Miguel. Su importancia radica, en gran medida, en que constituye uno de los pocos yacimientos de este periodo de transición que ha llegado hasta nosotros prácticamente inalterado, dada la temprana fecha de su abandono. Por fortuna, este momento ha podido documentarse en la propia excavación. El registro de la estratigrafía nos muestra un nivel que indica un incendio de grandes proporciones al que no se refieren las fuentes escritas que conocemos, pero cuyas evidencias han quedado plenamente registradas en diversas cuadrículas, tanto en la parte anterior como en la central y posterior del edificio, apareciendo en ellas una capa de tierra calcinada y ceniza sobre el antiguo solado del templo, constituido por tierra apisonada y encalada superficialmente y situado a una cota superior a la de la calle, confirmando así la citada descripción de Zárate. La fecha del incendio podría situarse entre 1573 y la etapa de abandono definitivo de la ciudad (1578-1580), pues en el año 1573 se realizó un proceso judicial en contra de Joan de Saavedra y este estuvo por un tiempo detenido en la sacristía de la iglesia de San Miguel de Piura. La propia estratigrafía sugiere también que luego del incendio la techumbre de la iglesia no fue reparada o no lo fue de manera suficiente, y que las lluvias torrenciales, propias de la climatología local, probablemente hicieron colapsar el edificio poco después, dado el grado de conservación del nivel del incendio documentado. Es posible que este incendio se hubiera visto favorecido por los propios materiales de construcción de la techumbre del templo, especialmente por la cubierta exterior vegetal que tal vez se dispondría sobre la cubierta de madera, pues no se ha encontrado resto alguno de la existencia de teja cerámica en este punto y se conservan buenos ejemplos de cubiertas de este tipo, protegidas con una gruesa torta de barro y paja, en otros templos coloniales

de la región, tal como puede constatarse en la iglesia de San Lucas de Colán. La cubierta de esta última, al igual que la que hubo de tener la mencionada de Túcume Viejo, también parece haber contado siempre con apoyos intermedios soportados por pies derechos de madera que dividen su espacio principal en tres naves (Villanueva y Vela Cossío 2006: 109-120). La existencia y ubicación de estos pies derechos no han podido ser aún constatadas de forma arqueológica en el caso de Piura, pero sí el uso de la madera de algarrobo local en la vigería de la cubierta, al haber aparecido en las excavaciones efectuadas en el interior del antiguo templo fragmentos de ella parcialmente calcinados.

Como ha podido corroborarse, el posterior colapso del edificio se produjo hacia el interior del mismo, habiéndose hallado los muros arruinados en un sorprendente buen estado de conservación. Esto ha permitido conocer en profundidad su construcción, pudiéndose comprobar que se trata de muros de adobe con mortero de tierra enriquecido con algo de cal. Los arranques de esta fábrica quedaban protegidos por una base de mampostería muy irregular, de unos cuatro pies castellanos de altura y similar sección (aproximadamente 1.10 m), de piedra cuarcita procedente de los cerros cercanos. Los mampuestos no presentan huella alguna de labra, aunque sí han sido cuidadosamente dispuestos para conformar paramentos careados. Aunque de dimensiones muy diversas, los de mayor envergadura son utilizados para formar las hojas exteriores, rellenándose el interior con mampuestos de tamaño más reducido y mortero bien compactado. Estos arranques conformarían la cimentación del muro, pero emergiendo siempre una altura considerable de los mismos sobre la cota de la calle. Configuraciones semejantes pueden aún observarse en la actualidad en los usos constructivos tradicionales de la región. En cuanto a la disposición y traba de las hiladas de adobe, al hallarse estas desmoronadas, es difícil aventurar su carácter original con los datos de los que actualmente disponemos. Los adobes son paralelepípedicos y de dimensiones variables,

oscilando entre 0.46 m x 0.22 m x 0.12 m y 0.36 m x 0.18 m x 0.10 m (Rodríguez y Campos 2010: 84-96), aunque estas variaciones bien pudieran deberse a la deformación producida en ellos tras su ruina. Se han hallado también vestigios de su primitivo revestimiento exterior, constituido por un sencillo enfoscado de mortero de cal. Muros análogos a este, con arranques de mampostería idénticamente dispuestos y de secciones comúnmente de tres o de cuatro pies castellanos (aproximadamente 0.90 m o 1.20 m), pueden identificarse en superficie en buena parte del yacimiento, constituyendo uno de los tipos constructivos habituales en la mayoría de estructuras arquitectónicas reconocidas, en singular, aquellas que pueden ponerse en relación con las edificaciones más claramente pertenecientes a la traza urbana colonial (Vela Cossío, Abril y García 2012: 593-598).

## REFERENCIAS

### Fuentes primarias

- CIEZA DE LEÓN, Pedro  
 2005 *Crónica del Perú. El Señorío de los Incas*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- SALINAS DE LOYOLA, Juan  
 1965 «Relación de la ciudad de San Miguel de Piura». En: Marcos Jiménez de la Espada. *Relaciones Geográficas de Indias. Perú*. Madrid: Atlas. pp. 40-41.  
 [1571]
- TRUJILLO, Diego de  
 1948 *Relación del descubrimiento del Reyno del Perú*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- ZÁRATE, Agustín de  
 1995 *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. Lima: Fondo Editorial  
 [1577] de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

## Fuentes secundarias

ANGULO ÍÑIGUEZ, Diego

1933-1939 *Planos de Monumentos Arquitectónicos de América y Filipinas existentes en el Archivo de Indias*. Sevilla: Laboratorio de Arte.

ARECES, Nidia

2000 «Las sociedades urbanas coloniales». En: *Nueva Historia Argentina: La sociedad colonial*, tomo 2. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 145-187.

ASTUHUAMÁN GONZÁLEZ, César y Fernando Vela Cossío

2010 «Evaluación del potencial arqueológico del yacimiento y propuesta de investigación». En: *San Miguel de Piura, primera fundación española en el Perú. Informe de bases y avance del Plan Director del sitio arqueológico de Piura la Vieja, La Matanza (Piura, Perú)*. Madrid: Mairela Libros, pp. 113-116.

BONET CORREA, Antonio

1972 «La ciudad de Viejo León en Nicaragua». En: *XXXVIII Internationales Amerikanistenkongresses: Stuttgart-München, 12. bis 18. August 1968*, tomo 4. Múnich: Renner, pp. 211-223.

1991 *El urbanismo en España e Hispanoamérica*. Madrid: Cátedra.

CORREA GUTIÉRREZ, Yanina

2001 «La participación de Piura la Vieja en los primeros años de la conquista». En: *Conferencias y artículos. San Miguel de Piura. Primera fundación española en el Perú*. Madrid: Dossat, pp. 13-22 y 53-105.

CUESTA, Domingo

2004 «Alonso de Santa Cruz, cartógrafo y fabricante de instrumentos náuticos de la Casa de Contratación». En: *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 30, pp. 7-40.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar

2006 *La Etnia Guayacundo en Ayabaca, Huancabamba y Caxas (siglos XV-XVI)*. Lima: Instituto de Ciencias y Humanidades - Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos.

GUTIÉRREZ, Ramón

- 1983 «Las propuestas morfológicas del urbanismo hispano». En: *Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina*, vol. 1. Resistencia: Instituto de Historia de la Universidad del Nordeste, pp. 45-64.
- 1984 *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. Madrid: Cátedra.

HARDOY, Jorge

- 1972 «Las formas urbanas europeas durante los siglos XVI y XVII y su utilización en América Latina». En: *Urbanización y proceso social en América*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- 1991 *Cartografía urbana colonial de América Latina y el Caribe*. Buenos Aires: Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo-América Latina. Grupo Editor Latinoamericano.

HOCQUENGHEM, Anne Marie

- 1994 «Los españoles en los caminos del norte del Perú en 1532». En: *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, n. 23, pp. 1-67.
- 1998 *Para vencer la muerte*. Lima: Centro Nacional de la Investigación Científica-Instituto Francés de Estudios Andinos-Instituto de la Naturaleza y el Conocimiento Ambiental Humano.

IGARETA, Ana

- 2006 «Londres hipotética: arqueología de una ciudad que no está». En: *III Congreso Nacional de Arqueología Histórica*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario, pp. 123-129.

PERROUD, A. P.

- 1930 «Sur la fondation de San-Miguel de Piura». En: *Revue des études historiques*, n. 96, pp. 213-216.

RAMOS PÉREZ, Demetrio

- 1972 *Benalcázar y la primera Piura*. Piura: Universidad de Piura.

RODRÍGUEZ, Aurelio y Carlos Campos

- 2010 «Resultados preliminares de las excavaciones arqueológicas en San Miguel de Piura durante la temporada 2005-2006». En: *San Miguel de Piura, primera fundación española en el Perú. Informe de bases y avance del Plan Director del sitio arqueológico de Piura la Vieja, La Matanza (Piura, Perú)*. Madrid: Mairela Libros, pp. 84-96.

- TERÁN, Fernando de (ed.)  
 1997 *La Ciudad Hispanoamericana. El sueño de un Orden*. Madrid: Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo. Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas. Ministerio de Fomento.
- VELA COSSÍO, Antonio  
 2010 «Trabajos de levantamiento y toma de datos en Piura la Vieja (2006-2009)». En: *San Miguel de Piura, primera fundación española en el Perú. Informe de bases y avance del Plan Director del sitio arqueológico de Piura la Vieja, La Matanza (Piura, Perú)*. Madrid: Mairea Libros, pp. 97-101.
- VELA COSSÍO, Fernando  
 2000 «Investigación histórica y arqueológica en San Miguel de Piura. Primera fundación española en el Perú». En: *Revista de Arqueología*, año XXI, n. 233, pp. 55-58.  
 2007 «La construcción de la iglesia de Túcume Viejo. Aspectos constructivos de la arquitectura religiosa virreinal de la costa norte del Perú». En: *Actas del V Congreso Nacional de Historia de la Construcción*. Madrid: Instituto Juan de Herrera, pp. 935-940.
- VELA COSSÍO, Fernando (ed.)  
 2010 *Informe de bases y avance de Plan Director del sitio arqueológico de Piura la Vieja, La Matanza (Piura, Perú)*. Madrid: Mairea Libros.
- VELA COSSÍO, Fernando, Luis Fernando Abril y Alejandro García Hermida  
 2012 «Earth architecture and construction in the colonial archaeological site of Piura la Vieja, La Matanza (Piura, Perú)». En: *Rammed Earth Conservation*. London-New York: CRC Press-Taylor & Francis Group, pp. 593-598.
- VILLANUEVA DOMÍNGUEZ, Luis de y Fernando Vela Cossío  
 2006 «La conservación del patrimonio arquitectónico y urbano virreinal en el norte del Perú». *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 673-674, pp. 109-120.
- VILLANUEVA, Luis de, Fernando Vela Cossío, Alfonso Navarro y David Rivera  
 2004 «La ciudad de San Miguel de Piura, primera fundación española en el Perú». En: *Revista Española de Antropología Americana*, n. 32, pp. 267-294.